



La hija de Trotski»

Raquel Serur

Cuando era yo muy niña mi padre usaba barba; parecía un Trotski joven. A Trotski lo mataron, y si acompañaba yo a mi padre por la calle la gente decía: «Mira, ahí van Trotski y su hija». A mí me daba miedo y no quería salir con él. Antes de morir Diego Rivera le dijo a mi papá: «Cada vez te pareces más a aquél».

*Las genealogías*¹

El acierto y lo que más me gusta de *Las genealogías* es el modo en que en ellas se funden las voces narrativas y se entrecruzan los tiempos. La voz del padre y la de la madre se traslapan hasta fundirse en una sola voz narrativa, la de quien escucha. Es decir, de quien escribe.

Así, el presente del lector se enriquece con las historias de una Rusia y un México lejanos, pero sobre todo, y en buena medida -para dolor del que las lea extintos. La figura que se logra trenzar en la narración, la figura del padre, es el puente que se funde en la escritura de la hija y, así, el escucha es el lector. Este es el logro mayor de *Las genealogías*. El goce de la lectura

proviene de la frescura y candidez con que se escuchan las voces testimoniales. Son estas voces las que, de algún modo, se entregan al lector como una manera de dar fe de que ese tiempo existió; de que los puntos de vista que ahí se muestran fueron expresados por gente de carne y hueso.

Los Glantz fueron parte de la migración judía que trajo todo un *élan* y una impronta que todavía se percibe en algunas partes de esta monumental ciudad: en ciertas partes del centro, en la Roma, en la Condesa, por ejemplo. El Carmel, el café del señor Glantz, con su peculiar y enriquecedora atmósfera, no. Este y sus recuerdos fueron derruidos como presagio de toda una ola de destrucción de la que entonces, con toda propiedad, podía llamarse «La gran ciudad de México.»

Alguna vez el Carmel estuvo en la Zona Rosa, fue su corazón sensible; allí llegó el pintor y escultor Matías Goeritz, recién desembarcado en México [...] Allí llegaba Arreóla, antes de ser televisado, e instauraba unos sábados pasteleros y literarios. Allí reaparecía Pita Amor [...]

-Al Carmel llegaban miles de intelectuales [...] Vlady dejó un mural en el Carmel, mi padre representaba un chivo expiatorio [...]

- En el Carmel -interrumpe mi madre- perdió Ludwig Margules su esbeltez. Todos los sábados llegaba a medianoche y pedía un *tcholnt*, comida típicamente judía: tripa rellena de harina y grasa, y carne de res, cebada perla y alubias.

(pps. 110-111)

El escritor Joseph Yerushalmi nos recuerda que en la Biblia existe la prohibición de olvidar². Siguiendo su advertencia, recordemos el día de hoy al padre de Margo Glantz y al México que le tocó vivir.

Para fortuna de muchas generaciones de estudiantes de la UNAM, el señor Jacobo Glantz decidió echar raíces en México. Deja la Rusia revolucionaria para integrarse al México post-revolucionario.

Los años que yo viví en la Revolución fueron los más interesantes, los más serios de la vida rusa, de 1917 a 1925. El proletariado en aquel entonces, creía en la Revolución social, hacía reformas, se creía en el futuro, fue una vida de grandes idealistas que pensaban en el mejoramiento de la vida humana, que pensaban en el cambio social, y es verdad, y la gente no sólo vivía para sí misma, sino para los otros. Pero pronto empezaron los traidores...Trotsky dijo -continúa mi padre- que Stalin sería el enterrador de la revolución, su *cábron*, palabra que en hebreo quiere decir exactamente eso, su enterrador.

(pps. 68-9)

Judío Ruso, emigrante nacido en un Shetl, revolucionario en Odesa, viajero incansable y padre de la que más tarde será Margo, Jacobo Glantz se integra a la vida mexicana y se convierte (para usar un título de Monsiváis) en un marginal que se ubica en el centro de la vida cultural mexicana. ¿Cómo y por qué alguien sale de la tierra que lo vio nacer, nos podríamos preguntar? Muy a su llegada a México el señor Glantz contesta con un poema y lo escribe en español, para hacer suyo este nuevo territorio, el de la lengua española, el de México.

[...] mis hermanos viven en una

calle frontal en los Estados Unidos.
Yo vengo de una calle que no Tiene nombre.
Allí se instalaba cada año una feria,
Y cada año un pogrom,

(p. 124)

O, en palabras de la propia Margo:

 Mi padre vivió en la ciudad de Jerzon; salió de su aldea natal cuando los pogroms se hicieron insoportables, o cuando advirtió que quizá no sobreviviría al próximo.

(p. 58)

No con huir de Rusia esquivó el antisemitismo para siempre. En la época de la Segunda Guerra mundial también en México aparecieron ciertos brotes de antisemitismo que alcanzaron al señor Glantz, sobre todo en una ocasión:

 En enero de 1939 mi padre fue atacado por un grupo fascista de Camisas Doradas que se reunieron en la calle de Dieciséis de Septiembre, donde mis padres tenían una pequeña *boutique* de bolsas y guantes llamada *Lisette*. La barba, el tipo de judío y quizá su parecido con Trotski hicieron de Jacobo Glantz el blanco perfecto para una especie de pogrom o linchamiento. Trataron de colocar a mi padre sobre la vía del tren para que éste le pasara encima, mientras otros arrojaban piedras y gritaban insultos tradicionales. Mi padre pudo escapar ayudado por algunos transeúntes asombrados, entrar a la *boutique*

y subir al tapanco. El hermano de Siqueiros, que pasaba por allí y entraba a saludar a mis padres (vendía por entonces grabados de su hermano), se colocó en la puerta con los brazos extendidos y gritó: «péguenme a mí». [...] La puerta de la tienda era de vidrio y los manifestantes arrojaban piedras, alguna de las cuales hirió a mi padre en la frente. Al rato llegaron los bomberos [...] Despavorido, mi padre gemía y uno de los bomberos le dijo: «No llores, judío, venimos a salvarte».

(pps. 93-4)

Releyendo *Las genealogías*, el libro donde Margo Glantz obedece a su impulso de investigadora, encontramos que Margo nos remite a los orígenes de una historia que la va a obsesionar en su vida como escritora y académica. Por un lado, la vida de los judíos rusos en Odesa y por el otro la vida cultural mexicana con toda su riqueza y esplendor. Sus temas serán, por una parte la literatura mexicana y Sor Juana como su máxima representante y por la otra, la reflexión sobre el mundo cultural judío, sobre el holocausto, sobre el antisemitismo y sobre la memoria. Como Milton, Margo tiene necesidad de situar La Historia desde sus orígenes. Como el Adán y Eva del *Paraíso perdido*, Jacobo y Lucia son, de alguna manera, expulsados de Odesa, ese «paraíso» que quedará en la memoria de la madre y de la que el padre -con imaginación poética y recursos heredados en sus genes- traerá consigo a México en el *yidish*, en su lengua poética. Para no extrañar el terruño, Glantz se aferra a la lengua y como ésta se puede llevar a todas partes, trae el terruño en sus lenguas: el yidish y el ruso. Como bien dijo George Steiner, el pueblo judío es el pueblo del libro. Jacobo Glantz fue un vivo ejemplo de esto.

Nosotros en lugar de ropa trajimos libros, una canasta de libros como de 60 kilos. Eran libros muy

importantes y la gente muy importante pidió prestados algunos y nunca los volvimos a ver. Así es.

(p. 78)

Herederero de una basta cultura, nada menos que de la cultura rusa de finales del XIX y principios del XX, Jacobo Glantz se abre paso en México como puede y su figura se vuelve una de las más entrañables entre escritores y pintores del México que va de los años 30 a finales de los 60.

-Yo me llevaba mucho con pintores. Con Siqueiros, lo conocí mucho, con Fernando Leal, que casi no hablaba [...] A Rivera lo conocieron primero con Alejandra Kolontai, iban a la calle de la Academia, sede del club Ruso

(p.92)

Como una de sus tantas búsquedas de conseguir un ingreso para sostener a su mujer y a sus hijas, Jacobo Glantz abre un café que fue leyenda en su tiempo y del que ahora ya muy poca gente se acuerda porque el México del consumismo cultural -que seguramente no sabe de la prohibición bíblica- se especializa en no tener memoria. En su vertiginoso andar y dando palos de ciego, la historia de México camina deshaciéndose de ella misma, borrándose, rompiendo su continuidad, y con un balbuceo «lleno de sonido y de furia», como diría Shakespeare, deja de reconocer ciertas marcas identitarias -sobre todo aquellas que no surgen de la historia oficial- para dar paso a otras, impuestas a México por necesidades ajenas, las marcas de la cultura de una nación en «guerra santa» contra la inseguridad y el narcotráfico.

Afortunadamente para el señor Glantz, a él ya no le tocó vivir este México. El suyo fue el del Restaurant Carmel, adonde llegaba Diego Rivera hablando

un ruso incipiente con el migrante de Odesa. Habría que recrear imaginativamente la atmósfera legendaria del Carmel y de los comensales que ahí departían; que conversaban sobre un México posible mientras que en Bellas Artes iban surgiendo los murales como un faro de luz crítico sobre un México por venir. El México que pudo ser y que se perdió en el camino como se borró de la memoria todo lo que se conversó en tantas mesas y en tantas tardes en el Restaurant Carmel. La fecha que selló con sangre la clausura de ese México posible fue quizás el año de 1968. Desde entonces, en la geografía de los sacrificios humanos, se sigue derramando sangre a costa de muchas generaciones de jóvenes talentosos que se infligen dolor mediante *piercings* y tatuajes para anestesiar el dolor mayor, el de la impotencia frente al horror de la impunidad y la prepotencia.

Otros eran los jóvenes que asistían al Carmel, llenos de una fuerza vital - pre-desilusión y desconfianza total en la política- y de una valentía enérgica que los proyectaba siempre a la esperanza de un México más justo y mejor. México al que siempre ha aspirado Margo Glantz, la digna «hija de Trotski».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

